

Hermann Hesse

# Obstinación

Escritos autobiográficos

Selección y epílogo  
de Siegfried Unseld



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Eigensinn: Autobiographische Schriften*

Traductor: Anton Dietrich

(Agradecemos a Editorial Planeta, de Barcelona, la autorización concedida para reproducir fragmentos de *Traumfabrte.*)

Primera edición: 1977

Tercera edición: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 1972 Suhrkamp Verlag K. G. Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag, Berlin.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1977, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-829-8

Depósito legal: M-100-2020

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Prólogo
  
- 11 Cuatro biografías
- 46 Cartas a los padres desde Maulbronn
- 59 Cartas a los padres desde Stetten
- 74 Fragmentos del «Diario 1900»
- 82 Recuerdo de Asia
- 87 Recuerdo de mi padre
- 96 Saludo desde Berna
- 103 Del diario de Martin
- 110 Obstinación
- 118 Credo alamánico
- 124 Sobre «El retorno de Zaratustra»
- 129 Diario 1920-1921
- 161 Cartas de odio
- 168 La infancia del mago
- 190 Lectura en la cama
- 197 De un diario de julio de 1933
- 211 Del diario de Rigi
- 215 Palabras con motivo del banquete de la ceremonia  
del Premio Nobel
- 217 Sobre la edad
- 222 Vivencias de Engadin
- 227 Apuntes de Pascua

237 Carta de agradecimiento con motivo de la concesión del Premio de la Paz de los Libreros Alemanes

Apéndices

245 Carta de Ninon Hesse a Siegfried Unseld

250 Tabla cronológica

252 Datos bibliográficos

255 Epílogo, por Siegfried Unseld

# Prólogo

Una virtud hay que quiero mucho, una sola. Se llama obstinación. Todas las demás, sobre las que leemos en los libros y oímos hablar a los maestros, no me interesan. En el fondo se podría englobar todo ese sinfín de virtudes que ha inventado el hombre en un solo nombre. Virtud es: obediencia. La cuestión es a quién se obedece. La obstinación también es obediencia. Todas las demás virtudes, tan apreciadas y ensalzadas, son obediencia a leyes dictadas por los hombres. Tan sólo la obstinación no pregunta por esas leyes. El que es obstinado obedece a otra ley, a una sola, absolutamente sagrada, a la ley que lleva en sí mismo, al «propio sentido».



# Cuatro biografías

## I

Nací el 2 de julio de 1877 en Calw (Selva Negra), hijo de J. Hesse, escritor de misiones y redactor. Mi padre era oriundo de las provincias del Báltico, mi madre, de Suabia. Mis padres no tenían fortuna alguna, pero vivían con cierto desahogo y nunca escatimaron nada conmigo. En 1880 se trasladó mi padre a Basilea, donde permaneció hasta 1886. Allí pasé años felices de la infancia. Mis padres eran cristianos devotos y al mismo tiempo personas cultas, dotadas para la música y la poesía y sensibles, que me prodigaron mucha atención y cariño, y a quienes tengo mucho que agradecer. De ellos heredé, yo que en materia religiosa carezco de criterios definitivos, un profundo respeto a la naturaleza y a la existencia de grandes leyes en la vida y la historia. Perdí a mi madre en abril de 1902 y aún no he encontrado consuelo a su muerte. Mi padre,

con una salud precaria, vive todavía y constituye un ideal venerado por su fortaleza de espíritu y voluntad.

Fui por primera vez a la escuela en Basilea. En 1886 volvió mi padre a Calw. Hasta 1889 fui colegial en Calw, hasta 1891 en Göppingen, ingresé después en el seminario del convento evangélico de Maulbronn, que abandoné después de siete meses. Entonces fui al Instituto de Cannstatt hasta el séptimo curso. Hasta octubre de 1895 permanecí en casa de mis padres en Calw, al principio sin oficio, ocupado con lecturas, etc., después hice un año de prácticas en un taller de construcción de maquinaria. Este oficio fue un desacierto. En otoño de 1895 entré como meritorio en una librería de Tubinga, donde permanecí cuatro años aprendiendo el oficio, para finalmente dedicar mi interés exclusivamente al libro antiguo. En otoño de 1899 marché como librero (ayudante) a Basilea. Comencé a trabajar al mismo tiempo para varios periódicos como crítico y folletista y poco a poco me organicé de tal manera que ahora vivo y trabajo mitad como anticuario y mitad como escritor. Esta época de Basilea se vio interrumpida por frecuentes viajes cortos y por uno de varios meses a Suiza e Italia. Florencia y Venecia me son especialmente queridas y familiares. Me gusta viajar y vivir solo. Mis pasiones son: contemplar cuadros, caminar, los libros. Soy pobre y tengo dificultad para abrirme paso.

Hasta aquí en cuanto a mi vida. Como escritor se me considera un «neorromántico» porque mi técnica es irrealista y porque mis obras intentan actuar sobre el alma. El amor a la naturaleza y su contemplación constituyen mi tema principal. Amo las plantas y los animales

y soy a la vez querido por estos últimos. La «literatura» no es importante para mí, no pienso en la fama, en cambio me propongo cautivar a algunos lectores atentos y convertirlos en amigos personales. Lo que me va proporcionando paulatinamente algún intercambio epistolar cordial y afectuoso. Mis autores predilectos son los novelistas italianos antiguos y en general me fascina la cultura del alto renacimiento italiano.

De mis obras únicamente el *Lauscher* ha aparecido bajo seudónimo. Le envió este librito en lugar de una fotografía, que mi pobreza me prohíbe.

Con mis mejores saludos,

*Hermann Hesse (1903)*

## II

Nacido en Calw el 2 de julio de 1877. Infancia en Calw y Basilea. Bachillerato en Calw y Göppingen, *Landexamen* en 1891. Primavera de 1892, fuga del seminario de Maulbronn; hasta 1894, Instituto de Cannstatt. Concluye así mi formación escolar. Pasé algún tiempo en casa de mis padres leyendo mucho, sin saber qué camino tomar. Me hice mecánico con intención de ser más tarde ingeniero. Trabajé cerca de año y medio en un taller de Calw. Me gustaba lo práctico, pero no tenía ganas ni talento para el estudio técnico. Ingresé en otoño de 1895 en la Casa Heckenhauer, en Tubinga (Holzmarkt), como aprendiz de librero, hice un aprendizaje de tres años, quedándome allí como ayudante aproximadamente un año. En

aquella época me dediqué a tres actividades al mismo tiempo: la librería, mis lecturas y las salidas nocturnas acompañadas de grandes borracheras, con amigos en su mayor parte estudiantes que habían dejado los estudios y estaban desarraigados.

En otoño de 1899 me trasladé a Basilea, fui durante varios años librero y después anticuario. Viajé mucho, incluso por Italia, casi siempre con poco dinero y pasando hambre. Leía constantemente, interesándome por la historia y la historia del arte, y llegué a conocer bastante bien el arte y la cultura italiana antigua.

En 1903 abandoné el trabajo de librero y alterné los viajes con las estancias en Calw. En agosto de 1904 contraí matrimonio y me vine a vivir aquí, donde deseo permanecer algún tiempo<sup>1</sup>.

Mis lecturas eran antes muy variadas, con predominio de la filosofía. Ahora he dejado totalmente la filosofía y la historia del arte, que eran más bien un deporte. Entre los autores alemanes admiro especialmente a Goethe, Keller, Mörike, también a Eichendorff, Hoffmann, Stifter. En la literatura románica siento especial predilección por los antiguos novelistas italianos, sobre todo Boccaccio. Leo también mucha literatura moderna: de los franceses estimo a Maupassant y a A. France; de Escandinavia, a Jacobsen, Hamsun, Heidenstam. Me interesan los rusos, pero en el fondo me resultan extraños, entre ellos conozco y aprecio especialmente a Gogol y Dostoievski.

(1907)

1. Gaienhoffen, en el lago Constanza.

### III. Apuntes biográficos

Los abuelos, maternos y paternos, eran en el sentido estricto de la palabra cristianos protestantes, piadosos y edificantes, el matiz de su piedad estaba influido por la Comunidad de Hermanos de Herrenhut y por la Misión de Basilea, es decir, por el espíritu que animaba a ésta.

Por su nacionalidad eran en cambio muy distintos. Los abuelos paternos eran bálticos, de las provincias rusas del Báltico, de Estonia. Eran de puro origen alemán (los antepasados del abuelo habían emigrado hacia 1750 de Lübeck), pero eran súbditos rusos sin saber hablar correctamente el ruso ni el estonio; sólo hablaban alemán. Allí vino al mundo mi padre Johannes en Weissenstein, cerca de Reval, donde su padre, el doctor Hermann Hesse, consejero de Estado, era médico famoso y filántropo querido por todo el mundo. Mi padre abandonó su tierra natal cuando era estudiante a consecuencia de una súbita conversión y una contrición que le empujó a ingresar como discípulo en la Misión de Basilea (es decir, a consagrarse a Dios), lo que no fue nada fácil para el mimado y delicado joven. Recibió allí la formación de misionero, trabajó a principios de los años setenta como tal en la India durante un año, pero estaba constantemente enfermo y por razones de clima fue enviado a casa. Después trabajó hasta el final para la Misión de Basilea, al principio como profesor en la Misión, ayudante del inspector, redactor de una revista misionera y más tarde en Calw como director del «Verlagsverein», una fundación piadosa cuyos ingresos estaban destinados a la Misión. Era una autoridad en cuestiones de misiones y asistió a

varios congresos internacionales. De él he heredado una parte de mi temperamento, el deseo de lo absoluto, al mismo tiempo que la tendencia al escepticismo, a la crítica y a la autocrítica, y también el sentido de la precisión del lenguaje.

La familia de mi madre era de doble origen. Su padre provenía de una antigua y piadosa familia suaba de Stuttgart. Su madre, Dubois, de Neuchâtel, en la Suiza francesa, nunca aprendió bien el alemán e introdujo en la familia un elemento hasta entonces desconocido, el fervor calvinista unido a toda suerte de pedantería y fanatismo. Su padre, el doctor Gundert, también hombre piadoso, misionero famoso y gran filólogo, hablaba, entre otras, una serie de lenguas indias y era un sanscritista reputado; se convirtió en su juventud después de haber sido un estudiante con gran sentido del humor, brillante, genial, con atisbos hegelianos y pródigamente dotado para la música. Fue durante muchos años misionero en la India, donde vino al mundo mi madre. Allí no entró en contacto con la Misión de Basilea hasta tarde; al principio estuvo en la India por encargo del Gobierno inglés, y llevó a cabo trabajos filológicos (un diccionario del Malayalam y otros) para la lengua inglesa.

Mis padres se conocieron en Calw, donde el padre de mi madre dirigía el «Verlagsverein», redactaba varias publicaciones de las misiones y le fue asignado como ayudante mi padre, que volvía de la India. En 1874 se casaron en Calw (Württemberg), donde nació el 2 de julio de 1877.

Ignoro cuál era entonces mi nacionalidad, probablemente la rusa, ya que mi padre era súbdito ruso y tenía

pasaporte de esa nacionalidad. Mi madre era, como ya he dicho, hija de suabo y de suiza francesa. Este origen mixto me impidió siempre sentir respeto por los nacionalismos y las fronteras.

En 1880 fue destinado mi padre otra vez a Basilea, a la Misión. Adquirió poco después la ciudadanía, con lo cual me convertí, muy niño aún, en súbdito suizo y ciudadano de Basilea.

En Basilea permanecieron mis padres hasta el verano de 1886; después destinaron a mi padre de nuevo a Calw, donde comenzó como colaborador de su suegro, que ya sentía el peso de los años, y más tarde fue su sucesor. Mi padre fue siempre un extraño en la Alemania del sur y en Suiza, y conservó su pronunciación del alemán pura y elegante; por lo demás, en casa se hablaba también mucho el inglés, que tanto mis padres como mis abuelos hablaban corrientemente. Apenas se hablaba francés, sólo el abuelo y a veces mi madre hablaban con frecuencia en ese idioma con la abuela.

De mi madre he heredado el temperamento apasionado, la fantasía vehemente, un poco ávida de sensaciones, y el talento musical. Desde niño tuve una relación íntima y entrañable con la música y la lengua y con la religión y la especulación en el sentido de una búsqueda de lo absoluto, de una integración directa en un orden divino supratemporal.

Sin embargo, sólo fui piadoso hasta los trece años aproximadamente. En mi confirmación, a los catorce años, ya era bastante escéptico y poco después se volvieron completamente mundanas mi manera de pensar y mi fantasía. A pesar del gran amor y respeto hacia mis pa-

dres sentía que la religiosidad pietista en que ellos vivían era insuficiente, en cierto modo algo subalterno, incluso de mal gusto, y en los primeros años de la adolescencia me rebelé con frecuencia de manera violenta contra ella.

Los primeros años de colegio los había pasado en Basilea y en Calw, como buen alumno que aprendía con facilidad y solía ser el primero de la clase sin mucho esfuerzo. Luego surgieron las dificultades al elegir carrera. Teniendo en cuenta la tradición de la familia y mi talento, lo más indicado parecía ser el estudio y precisamente el de teología, ya que no sólo respondía a los deseos de la familia, sino que además era lo más económico, pues los teólogos disfrutaban en Württemberg de estudios gratuitos a partir de los catorce años una vez aprobado el *Landexamen*. Esta prueba servía para seleccionar todos los años en el Land unos cuarenta y cinco muchachos de catorce años, que luego eran admitidos como becarios en un seminario y más tarde ingresaban en la Universidad de Tubinga (en la fundación teológica). Tuve que hacer este examen en el año 1891, y para ello fue preciso conseguir la nacionalidad de Württemberg. De modo que sin que nadie me consultase fui nacionalizado en Württemberg el año 90 o 91, un acto que pagaría más tarde con varios años de servicio militar. Hice y aprobé el *Landexamen* y en otoño de 1891 fui admitido en el seminario de Maulbronn. En mi libro *Bajo las ruedas* está descrito Maulbronn. Con frecuencia he descrito el ambiente de mi época infantil, especialmente en *Lauscher*, en *Kinderseele* y en *Demian*.

En el seminario empezaron mis calamidades. Las dificultades de la pubertad coincidieron con las de elegir ca-

rrera; ya entonces tenía la certeza de que no quería ser otra cosa que escritor y sabía, sin embargo, que no era un oficio reconocido y no daba para vivir. Durante varios años, entre los catorce y los veinte, estuve probando un oficio tras otro. En Maulbronn no estuve mucho tiempo; antes de terminar el primer año me fugué de allí. A esto se añadió mi primer enamoramiento (durante el cual leí el *Werther*), se produjo una crisis y una catástrofe, durante mucho tiempo se me consideró enfermo, enfermo de los nervios, me cuidaron en casa, y de hecho superé a duras penas una grave neurosis.

En otoño de 1892 ingresé, después de varios meses sin hacer nada (véase *Bajo las ruedas*), en el Instituto de segunda enseñanza de Cannstatt, donde permanecí algo menos de un año, hasta el séptimo curso, que dejé sin terminar. Era buen alumno de lenguas, historia, etc., lo cual me sostenía, pero no podía seguir la clase de matemáticas, que me eran totalmente indiferentes; por aquella época hice amistad con los «golfos» y con los estudiantes mayores de mala fama, aprendí a pasar las noches en las tabernas y a beber mucho a pesar de tenerlo prohibido. Algo de esto aparece en *Demian*.

Cuando ya no pude seguir en el Instituto fui enviado a Esslingen como aprendiz de un pequeño librero, de donde me escapé a los tres días, asqueado de lo insustancial de la vida de aprendiz en una ciudad pequeña. Anduve vagando durante varios días, me buscaron mis padres, etc., con angustia, y finalmente comparecí ante mi padre, que me recibió apenado pero no excesivamente enfadado; luego me llevaron a Calw, donde estuve cerca de dos años sin hacer nada concreto, una época aciaga

en la que mis padres desesperaban de mí y yo mismo también más de una vez, pero durante la que realicé por mi cuenta estudios bastante profundos y variados en la enorme biblioteca de mi abuelo y de mi padre, llegando a conocer especialmente la literatura alemana del siglo XVIII, que estaba muy bien representada. Leí a Goethe, Gellert, Weisse, Hamann, Jean Paul, la historia de la literatura de Hettner, algunas obras de David Friedrich Strauss y muchos otros libros más, y senté las bases de mis futuros conocimientos literarios, que eran bastante grandes, hasta que unos dolores progresivos de la vista me frenaron.

Un amigo del colegio hacía por entonces sus prácticas en un taller mecánico; en aquel tiempo empezaba a despertarse entre los jóvenes el interés por los oficios técnicos y futuros ingenieros entraban en los talleres como aprendices con un período reducido de aprendizaje. Mi compañero era el primero que hacía esto en nuestra pequeña ciudad de Calw y se consideraba algo sorprendente que el hijo de un alto y cultivado funcionario (su padre era el funcionario civil de más alto rango de la ciudad) anduviese con un blusón azul de mecánico y fuese obrero en un taller a pesar de estar destinado al estudio. Un cierto romanticismo me atraía en el asunto, y como de todos modos me hallaba en una situación apurada y me acuciaba la cuestión de mi futuro, me decidí por este oficio e ingresé para hacer unas prácticas con camisa azul de mecánico en un taller y fábrica de relojes de torre de Calw. Trabajé allí cerca de año y medio, hasta el otoño de 1895. Aunque no tenía ningún talento ni interés por la técnica y la mecánica y pronto comprendí que nunca

haría nada en aquel oficio, seguí en él aprendiendo muchas cosas y conviviendo íntimamente con el pueblo trabajador por primera y única vez en mi vida. En otoño de 1895 tomé la resolución de probar de nuevo el trabajo de librero, pero a ser posible no en una tienda anodina de cualquier ciudad de provincia, sino en algún lugar donde mi interés por los libros y la literatura encontrara estímulo. Mi padre estaba de acuerdo, veía que esta vez iba en serio y logró colocarme en una antigua y sólida librería de Tubinga, con una clientela en su mayoría de estudiantes y profesores y en especial teólogos y filólogos. Allí pasé un aprendizaje nada fácil de tres años y aún me quedé un año más en la casa como ayudante más joven, con ochenta marcos mensuales. En aquellos años leí mucho y escribí mis primeras cosas. De ellas se han conservado únicamente *Lauscher*, que fue escrita en parte en Basilea, *Romantische Lieder* y *Stunde hinter Mitternacht* (ambas hacia 1899). En mi primera época de Tubinga era muy aplicado y formal, más tarde solía irme a beber con los estudiantes (ver *Lauscher*) pero cumplía correctamente mi trabajo. Los primeros años de mis estudios privados los dediqué casi exclusivamente a Goethe, a sus escritos y a su vida. A partir de 1897 o 1898 fue sustituido este culto por el de Nietzsche. También llegué a conocer entonces la literatura alemana de aquella época (leía mucho a Storm, Keller, Meyer, luego Liliencron, Dehmel, Falke, Bierbaum, Hartleben, Ibsen).

Ésta es la historia de mi juventud. De lo que sigue sólo puedo dar un apunte. En 1899 pasé de Tubinga a Basilea, como ayudante de librería; allí me pasé por completo al anticuariado, la parte más interesante del trabajo de

librero. Sobre la época de Basilea aparece algo en *Lauscher* y en *Camenzind*. En 1902 se publicaron mis poemas en la editorial Grote. A través de un escritor que no conocía personalmente, la editorial S. Fischer llegó a conocer mi *Lauscher*, que se había publicado con seudónimo en 1901 en Basilea. Fue el primer reconocimiento y estímulo literario de mi vida cuando inesperadamente recibí unas líneas de esta editorial invitándome a presentarles a examen obras futuras. Por entonces había empezado *Camenzind* y la invitación de Fischer me animó mucho. Terminé de escribirlo, fue aceptado inmediatamente, la editorial me escribió en un tono amable, incluso cordial, y el libro apareció en la *Neue Rundschau*; Emil Strauss y otras personalidades que yo admiraba lo aprobaron. Había triunfado.

Gracias al éxito de *Camenzind* pude casarme en el verano de 1904 (con una basileña), y me instalé en el pequeño y apartado pueblo de Gaienhoffen, a orillas del lago de Constanza. Allí viví los primeros tres años muy modestamente en una primitiva casa de labradores; después me construí mi propia casa, en la que me quedé hasta 1912. En Gaienhoffen, adonde me siguió mi amigo de Tubinga Ludwig Finckh, pasé ocho años tratando de hacer una vida natural, activa, cerca de la tierra; cuidaba el jardín y tuve a mis tres hijos. Fue la época burguesa de mi vida. Subterráneamente, sin embargo, me agitaban también una serie de problemas. De pura angustia interior emprendí un viaje a la India en 1911.

En otoño de 1912 abandoné Gaienhoffen con mi familia y me fui a vivir a Berna, pero no a la ciudad, sino

otra vez al campo, donde alquilé una hermosa casa rústica antigua con un viejo jardín y árboles vetustos. Los hijos iban creciendo. Con la guerra de 1914 mi problemática se hizo patente, pronto entré en conflicto con la opinión pública, me hice enemigo de la guerra, perdí la fe en la posibilidad de un triunfo alemán. Pero a pesar de los violentos ataques de la prensa nacionalista pude salir adelante sin romper con el mundo oficial. En 1915 me incorporé a la legación alemana de Berna como voluntario, ayudé a organizar y dirigir una sección de ayuda a los prisioneros alemanes en territorio enemigo y trabajé desde entonces hasta principios de 1919 en este servicio, primero como voluntario, luego como funcionario del Ministerio de la Guerra destacado en Berna. Mientras veía cómo Alemania perdía la guerra sin querer ver su propia situación, sin pensar en una autocrítica, tenía que prestar mis servicios en el aparato oficial y recibí más de una vez la reprobación oficial cuando publiqué artículos pacifistas en el *Zürcher Zeitung*. Durante estos años se fraguaba mi despedida de todo el mundo burgués, de la opinión pública, de la patria, de la vida familiar. Cuando estaba a punto de terminar la guerra, una enfermedad mental de mi mujer perturbó tanto mi matrimonio que decidí disolverlo. En un primer momento vivimos separados y algunos años más tarde nos divorciamos. Desde entonces vivo solo. Hasta principios de 1919 me retuvo el servicio en Berna. En cuanto quedé libre partí para el Tesino, donde vivo ahora.

En 1919 escribí *Klingsor*, en los tres años siguientes *Siddhartha* (cuyas raíces llegan a un pasado remoto).

El psicoanálisis es algo muy importante para mí; lo conocí a través de los libros hacia 1913 o 1914. En 1916 me dejé psicoanalizar. El fruto fue en parte el *Demian*.

El literato burgués, idílico y con éxito, se había convertido en un problemático y marginado, lo que sigo siendo.

(1923)

#### IV. Biografía sucinta

Nací hacia el final de la Edad Moderna, poco antes del incipiente retorno de la Edad Media, bajo el signo de Sagitario y amablemente iluminado por Júpiter. Mi nacimiento acaeció en las últimas horas de la tarde un cálido día de julio, y la temperatura de aquel momento es la que, de manera inconsciente, he amado y buscado toda mi vida y he echado dolorosamente de menos cuando faltaba. Nunca pude vivir en países fríos, y todos los viajes voluntarios de mi vida estuvieron dirigidos hacia el sur. Fui hijo de padres piadosos, a los que amaba con cariño y que hubiese amado aún más si no me hubiesen enseñado antes de tiempo el cuarto mandamiento. Pero, por desgracia, los mandamientos han tenido siempre un efecto funesto para mí, por muy acertados y bien intencionados que fuesen –yo, que de naturaleza soy un cordero y dócil como una pompa de jabón, me he rebelado siempre, sobre todo en mi juventud, contra todo tipo de mandamientos–. Me bastaba oír el «debes» para que todo se revolviese dentro de mí y me volviera obstinado.

Se comprenderá que este carácter ejerció una influencia grande y desfavorable sobre mis años de colegio. Es verdad que nuestros profesores, en aquella divertida asignatura que llamaban historia universal, nos enseñaban que el mundo siempre había sido gobernado, dirigido y transformado por personas que dictaban su propia ley y que rompían con las leyes tradicionales, y se nos decía que estas personas eran muy dignas de respeto. Sin embargo, aquello era tan falso como el resto de la enseñanza, ya que si uno de nosotros, con buena o mala intención, mostraba una vez valor y protestaba contra alguna norma o incluso contra una estúpida costumbre o moda, no era admirado ni presentado como modelo, sino castigado, humillado y aplastado por la cobarde superioridad de los profesores.

Afortunadamente, antes de que comenzasen los años de colegio yo ya había aprendido lo que es más importante y valioso para la vida: tenía sentidos despiertos, delicados y finos, en los que podía confiar y de los que podía obtener mucho placer; y aunque más tarde sucumbí irremediabilmente a las tentaciones de la metafísica y hasta mortifiqué y descuidé de cuando en cuando mis sentidos, la atmósfera de una sensualidad delicadamente desarrollada, sobre todo en lo que se refiere a la vista y al oído, me ha sido siempre fiel y actúa vitalmente en mi mundo intelectual. Mucho antes de entrar en el colegio ya había adquirido un cierto bagaje para el resto de mi vida. Conocía bien mi ciudad natal, los gallineros y los bosques, los huertos y los talleres de los artesanos, distinguía los árboles, los pájaros y las mariposas, sabía cantar canciones y silbar con los dientes y otras cosas valiosas